Cuentos del paraíso de las islas
Tres reliquias de la Biblioteca del Naranjal. 15-01-01.
LA BATALLA DEL TARAJAL Y LA GRAN INVERSIÓN

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivos, Galeatus. El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 21/11/2016, 28/08/2024 y 28/05/2025
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas, 15: Tres reliquias de la Biblioteca del Naranjal.
1.01.- LA BATALLA DEL TARAJAL Y LA GRAN INVERSIÓN

La reunión y la acción

- El dinero para los bancos, sólo a través de sus deudores, para que no roben.
- Estoy de acuerdo con eso. Ya vimos lo que pasó en la última crisis, que se lo dieron directamente a ellos y se lo engulleron todo de inmediato, sin hacerlo circular apenas.
- No, apenas no, nada.
- Lo aplicaron a sus juegos de saneamiento rentable, se subieron las asignaciones los directivos por el éxito de la operación de saqueo de las arcas del común, y si te vi ni me acuerdo.
- El dinero para las instalaciones de frontera se quedó reducido a la mitad de la mitad tras la operación, y los deudores de los bancos siguieron aún más endeudados, pues no consiguieron saldar sus deudas, que esas deudas era lo que los bancos decían, torticeramente, que los había hecho entrar en crisis. ¡Unos sinvergüenzas! ¡Ladrones y sin vergüenza!
- ¡Y mentirosos!

Siempre igual. A Carla Canon terminaban aburriéndola aquellas reuniones interminables en las que casi siempre, año a año, salían las mismas cuestiones a relucir, a la palestra. Los bancos y las amañadas legislaciones financieras. Un aburrimiento. Ya estaba mayor para esas gimnasias dialécticas en la palestra de la que cada vez se veía más apartada por las desbordantes pandillas de desarrapadas cada vez más lúcidas y combativas y más bonitas. Cada vez más tías, más fuertes y más empoderadas.

Durante aquellas reuniones de coordinación de grupos de voluntarios para situaciones de emergencia, no dejaban de llegar avisos enervantes de nuevos saqueos financieros en paralelo a las noticias no menos alarmantes de hundimiento de los fondos con los que hasta entonces habían ido contando, mal que bien, los grupos de voluntari@s, cada vez más y cada vez más entusiastas, pero cada vez más en penuria de recursos. Desmantelaban las viejas estructuras de protección social de los estados y confiaban a oenegés y voluntariado la atención de los nuevos desatendidos, y sobre todo en los campamentos de refugiados que proliferaban por doquier y en las nuevas fronteras que de manera simultánea proliferaban. A Carla Canon ya se le había anquilosado la musculatura raciocinadora, se le había enquistado/suspendido su capacidad de argumentación; sólo le apetecía dar bofetadas o gritos o exabruptos. Tomarse una copa y preparar nuevo viaje fuera de la ciudad cada vez más apestosa del interior.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Necesitaba acción, necesitaba volver a las fronteras, a sus campamentos del alma. Su amiga Toñi Ramos la llamó desde Melilla, uno de los puntos calientes de aquel momento, junto con Ceuta, después de la batalla naval del Carajal, y su conversación la terminó de animar a largarse de la ciudad del interior. Su amiga le leyó la crónica que estaba enviando a su periódico, y Carla temblaba de emoción: "Fue el salto más multitudinario registrado hasta ahora. Medio millar de inmigrantes lograron entrar ayer en Melilla tras rebasar la valla fronteriza que la separa de Marruecos. Ocurrió sobre las ocho de la mañana a la altura del río Nano…"

Carla sabía que tenía que salir de inmediato para allá. La Toñi siguió leyéndole su crónica, recién enviada al periódico. Había sido un cerco y asalto a la ciudad vallada, amurallada, en toda regla: "Unos mil inmigrantes corrieron en tropel por un camino de tierra, en medio de un griterío sordo. Al rato, frenaron su carrera y empezaron a caminar en paralelo al vallado, hasta llegar al punto en que la verja se torna más accesible. Amparados por la espesa niebla que cubría la zona, los subsaharianos treparon por la pared metálica. Ordenadamente, sin atropellarse. Primero, unos; y después otros, sin que las fuerzas de seguridad pudieran contenerlos."

Carla notaba crecer su emoción, y comenzó a buscar el bolsón de viaje y a preparar su Rebequita documentalista, pues aquello quería filmarlo y grabarlo de todas las maneras posibles que los registros o recursos de su Rebequita le permitiera. A esas horas, seguro que el centro de refugiados de la ciudad de Melilla, al que llamaban cómicamente "Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes" o CETI, estaría desbordado y todos andarían muy nerviosos: fuerzas de seguridad de la frontera, inmigrantes y refugiad@s, voluntari@s y oenegés, la gente de la ciudad. Precisamente en esos momentos – y de ahí esas reuniones pesadísimas que ya a su edad no era capaz de soportar la Carla – intentaban reciclar esos CETI en campamentos de refugiados sin más al estilo del campamento que llamaban *Los Archipiélagos*, algo más a Levante, que parecía que había normalizado su funcionamiento ya después de dos temporadas de organización siguiendo el *modelo de concierto rock*, o festival rockero. La Toñi le confirmó su sospecha: "La mitad de los subsaharianos tuvieron éxito en su intento. Echaron a correr en tromba hacia el Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI), como si fuera su tabla de salvación. Muchos llegaron dando brincos, los brazos en alto, la sonrisa abierta de par en par. Victoriosos, como el atleta que acaba de ganar una maratón. Otros, exhaustos y casi desfallecidos, con los pies desnudos y la mirada perdida, tuvieron que ser ayudados por sus compañeros más fuertes. Muchos de ellos tenían heridas abiertas por las cuchillas del vallado o la ropa cuajada de enganchones. Ya en el patio del CETI, mezclados con los voluntarios de la Cruz Roja, unos se abrazaban a otros. Algunos cantaban. Otros rezaban. Los más gritaban "bosa, bosa" (¡Victoria! ¡Victoria!), exultantes de haber logrado la proeza de burlar la muralla de acero que divide Marruecos de Europa…"

Una condecoración: la medalla de oro del nomadeo

Desde unas semanas atrás, desde la batalla naval del Tarajal que costó quince muertos de nadadores valientes e inexpertos que a todos heló el corazón, a Carla Canon le

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

rondaba una idea que poco a poco se le fue precisando. Era necesario un acto simbólico que pusiera las cosas en su sitio; aquella gente joven y animosa que ensayaba, desarmada y con mínimos medios, asaltar una fortaleza cada vez más imponente (y a la vez fortaleza más acobardada, sin recursos racionales o, mejor, sin imaginación creadora, y cada vez con menor seguridad ética y algunos decían también que jurídica), aquellos que genéricamente llamaban "inmigrantes", necesitaban un reconocimiento al menos simbólico a su decisión y valentía. "Eso es, una condecoración". Por fin, Carla Canon cayó en la cuenta de que esa podía ser la forma o modelo que podía adoptar ese reconocimiento. Para reflexionar; para poner las cosas en su sitio. Para lograr al fin una gran inversión, aunque fuera en el enfoque y en las palabras. Más tarde se pensaría en cómo articular esa gran inversión también en el interés financiero, que era lo único que parecía convencer a los de siempre, que aún presumían – e imponían – tener la sartén por el mango. Como se suele decir. La sartén por el mango y el mango también, que decía la canción.

Se lo comentó a la Toñi y le pareció bien. Más aún, la Toñi le dijo que tenía un candidato para la primera tanda de condecoraciones; acababa de entrevistarlo y estaba emocionada con él. "Es un senegalés que acaban de rescatar por uno de los corredores humanitarios que han entrado en funcionamiento. Le llaman Leo del Bosque y tuvieron que hospitalizarle seis meses por los cortes que sufrió causados por las cuchillas que llaman concertinas, en su último intento de salto de la valla; era uno de los veteranos del Gurugú, como le dicen al monte en donde se refugiaban estos desdichados, y nada más le dieron de alta en el hospital volvió a intentarlo". La batalla naval del Tarajal había sido un claro punto de inflexión. Las autoridades urbanas y las fuerzas de seguridad de la frontera fueron acusadas de la muerte de quince jóvenes de los que habían intentado pasar la frontera a nado; la polémica se internacionalizó y la presión fue tan insoportable que comenzaron a abrirse los corredores humanitarios. Uno de los primeros beneficiarios de esa nueva etapa fue Leo del Bosque. "Se merece un reconocimiento, Carla, esa condecoración que pretendes, que bien podías inaugurar con una póstuma a los quince ahogados de la batalla del Tarajal".

Toñi y la Carla se despidieron; cortaron la comunicación, y Carla volvió a la asamblea. Llevaba ya la *Rebequita Documentalista* (RebDoc) a punto y una bolsa de viaje mínima. Quería salir de allí esa misma noche o, a lo sumo, al día siguiente de buena mañana. La asamblea seguía animada, y un veterano orador parecía concluir un debate anterior que a Carla le sonó a ya muy anticuado. "Si no se equiparan víctimas del franquismo y víctimas del terrorismo, aquí no hubo transición política sino trágala. Mal cimiento para un ensayo de democracia", decía, ante un murmullo general de desaprobación. "¡Ya está bien, viejo!", decían algunos. Carla buscó por el anfiteatro de las asambleas a algun@ de sus colegas a quienes pudiera apetecer salir de viaje a campamentos del sur y dejar la ciudad del interior, mientras l@s moderador@s señalaban otro de los asuntos del día; una vez más, otra estafa bancaria o financiera a la que querían neutralizar con nuevas acciones. Tomó la palabra una chica brillante y muy conocida a la que llamaban Hada o Ada, popular activista en esos momentos especializada en estafas hipotecarias que habían dejado en la calle a numerosas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

familias y colectivos en formación. Carla prestó atención cuando la chica Ada decía con voz potente: "Eso es, ¡el victimismo de los verdugos! ¡Otra Gran Inversión!"

Negro Salem y la Florita

Mientras llegaba al fondo alto del anfiteatro, en donde había visto al negro Salem con la Florita, con sus mochilas al lado, que le acababan de comentar la noche anterior que querían salir para campamentos del Sur, Carla fue prestando atención al debate que planteaba la activista Ada que estaba informando sobre la compra por especuladores internacionales de las casas hipotecadas cuya propiedad había pasado de sus antiguos propietarios individuales o familiares a los bancos titulares de la hipoteca tras poner en la calle a los hipotecados morosos, bancos que dejaban arruinarse esa nueva propiedad que consideraban no deseada o accidental o provisional, pero que defendían su absoluto dominio sobre ella. A medida que ascendía hacia el fondo del anfiteatro, a Carla le venían a la cabeza fragmentos de viejas argumentaciones que creía ya olvidadas, tal vez superadas, pero que parecía que se resistían a morir. "La propiedad de un valor de uso y la propiedad de un valor de cambio. Tal vez por ahí podía ir la cosa, el quid del asunto". Ada estaba hablando, precisamente, sobre la dialéctica del debate sobre la propiedad y lo demagogos que se estaban mostrando los bancos y especuladores financieros en ese asunto. Carla se sorprendió levantando su mano para pedir la palabra, cuando ya estaba en lo alto del anfiteatro, al lado de Negro Salem y Florita. Ada le cedió la palabra, sonriente. "Dime, Carla".

- Esos demagogos de los que hablas no quieren darse cuenta de la diferencia que hay entre la propiedad de un valor de uso y la propiedad de un valor de cambio… Sobre eso es sobre lo que hay que tratar, más que sobre el valor absoluto, o no, de la propiedad… De la propiedad privada, así, para entendernos. Ahí lo absoluto es más absoluto cuanto más sea su volumen, la propiedad de un apartamento chico o de un palacio, de un apartamento para el alojamiento de una familia o de mil apartamentos de un solo propietario, la propiedad como un gran poder… - Carla Canon parecía meditar en alta voz, y a todos los que la conocían les sorprendía su intervención, pues últimamente apenas se prodigaba en ese tipo de asambleas –, creo que ahí está la quiebra, la tendencia como fuerza, pudiera ser, la centripetación también absoluta, esa aberración lógica… El agujero Negro… Defienden la legalidad del desahucio de la gente de sus casas, tras ser engañada esa gente por los cambistas y especuladores; legalidad basada en ese derecho absoluto sacrosanto a la propiedad que ellos tenían sobre los bienes de aquellos endeudados engañados o seducidos por las artes de seductores de sensibilidad aberrada… o corsaria, como decía uno, gente de ánimo cruel y condición insolente, que sólo concibe el amor como follar con sangre de por medio, por prolongar una metáfora extrema…

Carla Canon seguía con su meditación en alta voz y los colegas la escuchaban. Ada asentía y sonreía.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Ese bien de uso básico que es el cubículo familiar o individual del desahuciado, pasaba a convertirse en propiedad absoluta y sacrosanta de un nuevo dueño, aunque fuera ya sólo un bien o valor de cambio para ese nuevo propietario depredador que convertía, así, el cubículo humanizado y con sentido en cubil de fiera; o depósito de mercancías así ganadas y acumuladas, sin valor real de uso ya, o sin posible uso ya pues era espacio convertido él mismo en mercancía y sin mercancías que almacenar en él… En dinero sin más, en mierda. Y a eso le decían justicia basada en una ley ancestral, antigua, sin duda la de la selva, o el anarquismo capitalista primordial. Un mito al que dicen neoliberal pero que es en realidad neo-esclavista, nazi-católico-calvinista, o nazi-religioso sin más, esa sacrosantez de los conceptos y de las palabras reveladas por el hondón patriarcal y monoteísta más rudo y salvaje de la historia de la barbarie humana, nuestra historia occidental al fin.

Carla Canon respiró hondo. No sabía si lograba expresarse pero, al fin, conseguía tranquilizar su ansia, su furor. Sus ganas de matar. Estaba sofocada. Ada se había ido acercando a ella, a lo largo del discurso, y cuando terminó, ya a su lado, le dio un beso en la mejilla. "Gracias, Carla. Me has ayudado muy bien a explicar el problema". Y siguió con el informe comenzado. Negro Salem y Florita hicieron sitio a Carla a su lado mientras terminaba Ada de exponer su informe sobre los últimos episodios vergonzosos que traía a consideración de la asamblea y, en cuanto pudieron, dejaron el anfiteatro por las puertas altas de atrás para tomar algo rápido en la cafetería antes de salir de viaje para el Sur.

Se les une Alberto Hendrix, el italio-catalán editor de imagen

A la cafetería le decían la *Cafetería del Congreso*; era un espacio muy amplio, algo destartalado pero confortable, con numerosos rincones de dispar y aleatoria decoración; sillas duras o ergonómicas se alternaban con sillones mullidos o sofás rodeados de banquetas o sillas y taburetes plegables, por aquí o por allá apilados o apoyados a las paredes y mamparas móviles que podían servir para fragmentar aquel espacio de la cafetería del congreso, que en su conjunto era más amplio aún que el del gran anfiteatro de las asambleas. Negro Salem y Florita se interesaron por el proyecto de condecoraciones nada más Carla se lo comentó. Les encantó la idea y ellos mismos le propusieron a Carla algunos candidatos de especial emotividad, como a una compañera antigua de viaje con la que Salem mantenía el contacto que, al segundo año de viaje a través de África hacia el Mediterráneo, violada en varias ocasiones, dio a luz una criatura de paternidad imposible de delimitar ni siquiera para ella, que de inmediato fue adoptada por sus compañeros de viaje de huida, a quien pusieron por nombre *Bienvenido* cada uno en su lengua; para Negro Salem era su hijo *Mabruk*. A Carla y a Florita, que no conocían la historia, les emocionó y decidieron proponer a aquella mujer para una condecoración.

- ¿Y qué sabes de tu hijo Mabruk?
- Por ahí anda, de nomadeo por los campamentos de la frontera, encantado de la vida. No para. Cuando se hizo más mayor, y ante el lío de nombres que le habíamos montado, decidió llamarse *Tarhib*, y así creo que es como le conoce

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

todo el mundo ahora, Bienvenido Tarhib. Creo que está hecho un fuera de serie de la planificación urbana para los campamentos de nueva creación en intersticios de nomadeo de éxito.

A Salem se le ocurrió, y así lo comentó con Carla en la cafetería del congreso todavía, antes de salir para el tren que los llevaría hacia el Sur, que podrían diseñar también, en paralelo a la condecoración para destacar modelos de comportamiento y de acción políticos, una mención para destacar o reprobar comportamientos negativos o malvados, e inaugurar esa especie de premio negro o macabro, o *premio limón*, según una antigua denominación publicística que lo contraponía al *premio naranja*, de perfil más simpático o positivo. Ganas de jugar. Negro Salem, de inmediato, sugirió un primer candidato.

- ¡El ministro de las alambradas!

Y los tres salieron para el autobús que los llevaría a la estación del tren del Sur cantando una antigua canción de estribillo pegadizo: "A desalambrar, a desalambrar…"

A la puerta de la cafetería del congreso los abordó un joven con *mochileta ciber* (Moc-Cib) muy sofisticada, de las que se estaban poniendo de moda al estilo de la Rebequita Documentalista o *Reb-Doc* de la Carla Canon, en el modelo de la del joven con manifiesto perfil de técnico audiovisual.

- Disculpad, colegas, me llamo Alberto Hendrix – se presentó el joven -. No he podido evitar escuchar vuestra conversación desde el módulo de la cafetería del congreso en el que estaba tomando un café, y me ha interesado mucho ese proyecto de las condecoraciones y premios negros del que hablabais. Soy técnico documentalista digital y me interesaría registrar las acciones que iniciéis, si no os importa.

Y entonó el estribillo del "a desalambrar" que su presentación había interrumpido. Entre risas, subieron al autobús para la Estación del Sur.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6